

EL GRAN MIÉRCOLES

John Milius
Dennis Aaberg

EL GRAN MIÉRCOLES

Traducción Ruth Guajardo



ediciones Pàmies

Título original: *Big wednesday*

Primera edición: junio de 2008

© 1978 by The A-Team

© de la traducción: Ruth Guajardo, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies
Carlos Alonso, editor
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-17-1

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Foto de cubierta: Warner Brothers/ Album

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Al surfista que todos llevamos dentro.

VERANO 1961

“El mar del pasado era como una hermosa mujer sin escrúpulos. Los hombres fuertes con corazón de niño le eran fieles, se encontraban satisfechos viviendo por su gracia o muriendo por su voluntad”

Joseph Conrad

“Cuando las tablas estaban hechas de madera y los hombres de hierro”

Un viejo surfista

MAREJADA SUR

Recuerdo un viento que soplaba a través de los cañones antes del amanecer. Era un viento caliente pero suave, y llevaba el aroma de los lugares cálidos. Soplaba desde las escarpadas colinas cubiertas de encinas y arbustos hasta las viejas cabañas de madera que se alineaban en la playa. Cuando más fuerte soplaba era antes del amanecer en The Point, donde hacía apresurarse a olas invisibles, las hundía y les echaba sus crestas hacia atrás como si fueran grandes plumas blancas. Mis amigos y yo solíamos dormir en nuestros coches, aparcados a lo largo de la autopista del Pacífico. Y el aroma del viento de tierra nos despertaba y cada día sabíamos que sería una mañana especial, un día especial.

Me acuerdo del viento que hacía revolotear los papeles por la arena en penumbra y de las luces de la ciudad brillando en la distancia. Miles de gaviotas volaban en círculos en el cielo color púrpura. El mar todavía estaba oscuro por el oeste. Recuerdo el sonido de las olas que golpeaban la orilla.

Con los primeros rayos del amanecer, nos arrastrábamos fuera de nuestros sacos de dormir y mirábamos las olas matutinas por las ventanillas del coche. Nunca las olvidaré. Se extendían por la cala convirtiéndose en paredes verde esmeralda, con la brisa costera rasgando sus flequillos. Sacábamos nuestras largas tablas de surf por la ventanilla trasera rota de algún viejo Chevy, aplicábamos cera en el puente y temblábamos ponién-

donos nuestros fríos y húmedos bañadores, sin darle ninguna importancia. Agarrábamos las tablas, nos colábamos por la gran puerta de la vieja pared de la mansión Whitney y aullábamos mientras desaparecíamos en el océano. Entonces éramos jóvenes y despreocupados. Era verano y el momento de la marejada sur. Esta era fuerte, y el agua cálida. No nos importaba nada más.

Decían que nos habíamos vuelto locos por la insolación, que éramos mendigos de playa que no servían para nada. No entendían nuestra obsesión. Nuestros padres decían que se nos había derretido el cerebro, que nos pasábamos el día en la playa para no tener que ir a trabajar. Pero se equivocaban. Lo que nos empujaba hacia el surf era la llamada del oeste en nuestra sangre.

No teníamos otra elección. Lanzarse al oeste era lo que los americanos hacían. Siempre iban hacia el oeste en busca de la aventura. Nuestras familias procedían del interior. Del este, del centro, algunas del sur e incluso de Canadá. Venían de las montañas y de las llanuras onduladas, de las planicies donde el viento traía aguanieve y polvo.

Estaban cansados de sus trabajos, del tiempo, de la tierra y de la gente. Pero tenían a dónde escapar. Era su derecho, su herencia: eran americanos y estos siempre habían viajado hacia el oeste cuando las cosas se torcían. Hacia el oeste, hacia donde el sol se oculta y los hombres tienen la oportunidad de volver a empezar.

Así que vinieron a California porque no había nada más en medio y porque ésta siempre había sido una promesa de oro de una clase u otra. Habían oído hablar de las palmeras, de los campos de fruta siempre madura y de que nunca hacía frío en invierno. Y había trabajo. Muchos puestos de trabajo. ¡Oportunidades! Las empresas aeronáuticas necesitaban cada vez más personal y los bienes inmuebles estaban creando fortunas. ¡El dinero corría a raudales!

Se hacinaron en la costa de Santa Mónica, volvieron sobre sus pasos hacia el grandioso valle de San Fernando y se desparrramaron por el sur, hacia Long Beach. Construyeron “cientos de

ciudades y miles de pueblos”. Les pusieron nombres como Tarzana, Pacoima, Norwalk, Anaheim, Ciudad de la Industria, Bellflower, Burbank, San Gabriel, Torrance, Pacific Palisades y Malibú.

Cuando acabaron de construir, fueron al mar para descubrir a qué habían venido y eso les inquietó. Por primera vez en su vida, estaban atrapados. Todavía podían ver ponerse el sol, rojo y cálido, dorado en el centro, pero había un océano de por medio. No había más sitios a los que ir. Habían llegado al final del continente que les habían hecho creer que era interminable. En la tierra ya no había nada nuevo. Los búfalos habían muerto, los indios estaban en las reservas y el oro de los ríos se había agotado. Hacía por lo menos cincuenta años que todo había terminado. Se lo habían llevado otros.

Pero el país era rico y opulento. Había trabajo y oportunidades, cada vez más oportunidades. La vida era agradable en esos años y la gente trabajaba cuando quería y compraba televisores, coches, máquinas de cortar el césped y tenía hijos. Y la llamada del oeste les abandonó y se marchitó en los jardines donde crecía el césped. Si les preocupaba haber perdido la oportunidad de encontrar algo mejor, ya no les importaba.

Fueron sus hijos los que se empezaron a sentir descontentos. Fuimos nosotros los que nos impacientamos. Nuestros padres eran demasiado viejos para recordar cómo se sintieron ellos en un momento dado, así que les parecía que nosotros éramos unos rebeldes y unas ovejas negras. Éramos fuertes, robustos, y la mayoría teníamos el pelo rubio y largas extremidades. Los fines de semana nos llevaban a la playa y nos quedábamos en la orilla mirando cómo el Pacífico se extendía ante nuestros ojos. El “corazón de las mareas de la tierra”. Ellos eran incapaces de entender nuestras miradas y por qué parecíamos tan inquietos. Decían:

—¿A que es fabuloso?

Y nosotros nos limitábamos a mirar con fascinación las olas.

—¿Qué hay allí? —solíamos preguntar. Y ellos respondían que había tiburones. Blancos y makos, tigres y martillos. Tam-

bién había medusas gigantes y las llamadas “carabelas portuguesas”, cuya picadura podía llegar a matarte. Nos decían que el océano no era un lugar en el que se pudiera estar por mucho tiempo, pues no era seguro. Ir a pescar de vez en cuando estaba bien, siempre que te quedaras dentro de la barca. Y tampoco vayas muy lejos, ¡las olas son peligrosas!

Nosotros contemplábamos la puesta de sol una y otra vez, y pensábamos en lo que habría allí dentro. La llamada del oeste se hizo cada vez más fuerte en nuestro interior y pensábamos en los lugares que había más allá: Oahu, Maui, Bora Bora, Atuana, Morea y Nueva Guinea. No podíamos dejar de pensar en nombres como Singapur, Nueva Zelanda y Australia y cuando volvíamos a la realidad, sentíamos la fuerza de esos lugares como un latido en las mareas, a través de la sangre que corría por las venas del gran Pacífico.

En las olas. Estaba en las olas. A menudo, amenazaban a la misma tierra y eran más terribles que los tiburones. Latían y rugían y a veces desaparecían por completo. La oportunidad de hacer algo todavía existía en las olas. La violencia y la grandeza se encontraban a cuarenta o cincuenta metros hacia el oeste. Una fuerza inimaginable. Estaba en las olas. No teníamos elección. ¡Al mar con las tablas de surf!

Así que buscamos por la costa y encontramos The Point, una playa salvaje en la que podíamos hacer lo que nos diera la gana. Recuerdo los fondos de algas oscuras, las rocas desfilando rápidamente bajo mis pies y los rizos blancos cerniéndose sobre mi cabeza. Los surfistas pasaban saludando con sus tablas multicolores contra el mar verde; la ola, las rocas, la costa, el cielo... todo parecía eterno y a la vez se esfumaba en un instante.

Lo que mejor recuerdo son los tres amigos: Jack, Matt, Leroy. Ante todo era su historia, su lugar, su momento. Entonces ellos eran los Grandes, los Reyes, nuestras propias majestades. Y fue su último gran verano...

EL CUERPO

Jack y Leroy se tambaleaban por el sucio camino que conducía a la puerta de la mansión Whitney, arrastrando lo que parecía ser el cuerpo de un muerto. Llevaban tablas de surf bajo los brazos que no tenían ocupados y el cuerpo sin vida se balanceaba entre los dos.

El cielo estaba empezando a clarear sobre el mar y se oían las voces entusiasmadas de los surfistas desde las furgonetas y camionetas. El viento venía del interior y las olas eran huecas y rápidas. Era un buen día, quizás el mejor del verano.

Jack agarró mejor el peso y miró con furia al Cuerpo.

—Eh, tío, tienes que dejar de hacer esto —dijo—. Te va a destrozar. No es nada sano. Un día te pondrás enfermo y lo único que recordarás es el sabor del vómito.

El mencionado no respondió. Su amigo sacudió la cabeza y miró hacia el mar. Era un chico alto, fuerte y delgado, con ojos de color azul intenso y una maraña de pelo rubio quemado por el sol. Un bañador descolorido que le quedaba grande le colgaba de las caderas. Era Jack Barlow, uno de los Grandes, el que tenía una brillante tabla roja y se comportaba con dignidad. Su mirada se detuvo en un surfista que cabalgaba sobre una ola al otro lado de The Point.

Seis u ocho semanas más y se habrá terminado, pensó. El verano habrá acabado. Claro que habrá más, pero el próximo

verano tendría diecinueve y el siguiente veinte. Cada año había más chicos nuevos. ¿Es que nunca iban a dejar de llegar? Los recién llegados no eran como él. Tampoco eran como Leroy, el Masoquista y el gran Matt Johnson. Nunca serían de los Grandes o entenderían lo que significaba eso. Quizás debería dejarlo al acabar ese verano. Mierda, Bear le había dicho que la gente lo dejaba en el cincuenta y cinco diciendo que los mejores tiempos ya se habían acabado, que el surf de verdad había llegado a su fin, que había demasiada gente y que los nuevos no entendían de qué iba el surf. Pero fíjate en todas las olas que se habían perdido dejándolo cuando lo hicieron. Todas las olas, toda la cerveza, todas las chicas, la vida. Siempre la vida: todo sigue allí. Y sin embargo, algo en lo más profundo de su interior seguía diciéndole que ese era el último gran verano. Tenía que sobresalir de alguna manera, y pronto.

Leroy, ajeno al cuerpo que cargaba al hombro, pisaba con fuerza el sucio camino, sin parpadear siquiera al clavarse los afilados guijarros. Era el de constitución más fuerte, tenía el cabello castaño y desaliñado y el rostro de loco salvaje. Llevaba un bañador amarillo unas seis tallas más grande que la suya. Él lo llamaba su “pantalón de viejo”.

Había surfeado desde que había llegado de Oklahoma y se le conocía por toda la costa como Leroy, el Masoquista. Se ganó el apodo no por lo que hacía en The Point, que estaba bien pero le faltaba estilo, sino por lo que hacía con las grandes olas invernales del norte. No había nadie en la playa, incluyendo a los curtidos surfers de la Gran Marejada de Hawai, que no lo respetara. No tenía miedo de morir ahogado. Siempre decía que sería una buena forma de marchar.

Cabalgaba sobre las olas en cualquier lugar, en el agua más fría, sobre las peores rocas y en los días más grandes. Podía ganarles a todos nadando y remando. Y el dolor y el sufrimiento eran lo que le daba la vida. Era Leroy, el Masoquista de The Point y no tenía fundas sobre los muelles de los asientos de su coche ni tampoco llevaba zapatos. Amaba la sangre sobre la roca

y no había ninguna chica a la que no le preguntara si podía follársela ni ningún hombre con el que temiera enfrentarse. Todo le venía bien. Era un animal en toda regla y estaba orgulloso de serlo.

Le encantaba la marejada de agosto porque para entonces ya se había endurecido y ya no le dolía el cuerpo por dormir en el coche y la niebla matutina tampoco le hacía temblar. Pero sabía que pronto haría más frío y que tendría que encontrar a alguien con el que irse a vivir o comprar una camioneta usada para estar a resguardo. Seguía caminando y pensando en la chica que había conocido la noche anterior en una fiesta en Palisades. Era alta y tenía unas caderas y unos muslos que provocaban una respuesta animal en él. Ni siquiera la conocía y ya había intentado tocar sus nalgas. Había habido problemas y una pelea de la que él había salido victorioso, pero las cosas se pusieron feas y había tenido que irse. Había soñado con la chica toda la noche y en cómo habían rodado juntos sobre las algas y fornicado sin parar.

—Tenía unos muslos hechos por el mismo Dios, tío, por Dios. Tenía que hacerlo —comentó.

Jack siguió mirando hacia delante.

—¡Madre mía! ¡Las olas están perfectas!

—Eh, Jack, ¿te has enamorado alguna vez?

Claro que sí, pensó éste. Supongo que fue amor. La primera fue Patty Dunlap. La había conocido el año pasado en el instituto. Una chica impresionante. Por fin tuvo el valor de pedirle salir y empezaron genial. Todo eran flores y besos y pasar los fines de semana juntos en su propio mundo. Se coló tanto por ella que ya casi no hacía surf. El problema era que era demasiado madura. Siempre fantaseaba sobre cómo se casarían los dos e irían a la universidad juntos. Todo lo que él quería hacer era salir del instituto cuanto antes y marcharse a Australia a hacer surf. Así que ella lo dejó por un chico más mayor. Él se lo tomó mal. Conducía como aturdido, se saltaba las señales de stop y no hacían más que ponerle multas. Cuando veía el coche de ella aparcado en algún sitio, se volvía loco. Le escribió poemas y le llevó

flores, pero ella lo ignoró completamente. Le costó unos seis meses recuperarse.

Después vino Kathy. Era de las tímidas y más fácil de manejar. Se iban juntos de excursión y lo miraba hacer surf durante horas. Parecía que era la novia perfecta... hasta que la pilló bajo el muelle con Nick, el Gusano.

Se volvió hacia su compañero.

—No, no he estado enamorado... pero sí colgado.

El Cuerpo empezó a moverse en ese momento, sus pies comenzaron a despertarse. Levantó la cabeza y emitió un gruñido, como si tuviera arena en la boca.

—¿Qué quieres? —le preguntó Leroy.

—Cerveza.

—¿Y dónde se supone que la vamos a encontrar, tío? Beach Boy's Liquors está cerrado.

El Cuerpo gruñó otra vez y dejó caer la cabeza. Tenía el pelo rubio y llevaba una camisa hawaiana andrajosa, vaqueros rotos y los pies descalzos.

Los tres avanzaron por el camino y llegaron a la puerta, que se levantaba contra la luz de la mañana. Todos los surfers tenían que pasar por allí para ir a la playa. La puerta era un agujero en un muro alto de adobe ahora roto y desmoronado. Había sido parte de la entrada de la gran mansión Whitney, que se había construido en los días de los grandes terratenientes. La puerta, sostenida por una alambrada construida por el estado para los ciclones, servía como un recordatorio de la pasada grandeza.

—Espera, para —dijo Jack. Se detuvieron ante la puerta. Soltó al Cuerpo y éste se apoyó completamente en el otro—. Si quieres atravesar la puerta, tendrás que hacerlo solo. Suéltalo, Leroy.

Éste lo soltó y el Cuerpo se incorporó con pies vacilantes. Se tambaleó al atravesar la puerta y sus amigos lo siguieron con las tablas de surf.

Debajo de la puerta había una escalinata de adobe que terminaba en pendiente sobre la playa. A la esquina que había al

final de las escaleras la llamaban el Foso. Cuando se hacía más tarde, los Grandes acudían al Foso y escudriñaban a todos los que pasaban. Pero ahora, a la luz del alba, solo la arena volaba alrededor.

El sol se levantaba despacio sobre el horizonte y sus rayos cegadores inundaban la playa. El Cuerpo entrecerró los ojos, se los frotó y parpadeó. Tenía los labios cortados y la garganta destrozada. Movi6 la lengua en la boca seca. Levant6 la vista y trat6 de enfocar sus ojos inyectados en sangre. Su rostro era joven y hermoso, pero estaba consumido, y tenía crustáceos pegados a la barba de tres días.

—Necesito entrar en el agua —anunci6.

—¿D6nde est6 tu tabla? —pregunt6 Jack.

—En mi coche.

—¿D6nde est6 tu coche?

—Y yo qu6 s6. La cabeza me da vueltas.

Bajaron tranquilamente las escaleras de adobe y 6l los sigui6 r6gidamente. Al final del Foso, hab6a dos principiantes de pie junto a sus tablas, apoyados en la vieja alambrada de p6as. Estaban calados hasta los huesos y temblaban por el fr6o del amanecer. Uno de los chicos era alto y ten6a aspecto de tonto, con la boca abierta y una mirada est6pida. Se hab6a teñido el pelo de la coronilla de blanco con per6xido y llevaba un bañador holgado con etiquetas de cerveza sobre 6l. Su tabla estaba nueva y brillaba. El otro era m6s bajito y ten6a una expresi6n inocente.

—Las olas son buen6simas. He cogido un mont6n —dijo el chico alto—. ¿Has visto c6mo he cogido la ola en la punta de la tabla? Ha estado genial.

—Estoy alucinado —respondi6 el pequeño.

El chico alto intent6 ignorar a Leroy que avanzaba hacia ellos.

—Eh, t6o —dijo 6ste—. ¿Le prestas tu tabla a mi amigo?

El chico hizo como que no le hab6a o6do. Leroy se acerc6 m6s, de manera que una sombra imponente cubri6 al chaval. Hab6a un silencio molesto que ninguno de los dos pod6a romper,

pero la sombra era demasiado grande y al final el chico miró hacia arriba con arrogancia. Su amigo intentó imitarlo.

—He dicho que si nos puedes prestar tu tabla, tío —repitió Leroy.

El chaval se volvió a un lado, dando una patada a la arena.

—Mira... no sé quién eres —respondió—. Yo no dejo mi tabla a cualquiera. Estoy en el equipo de Gordon y Smith. —Esperó a que eso calara—. No vengo a The Point muy a menudo, por eso no me conoces.

—¿Ah sí? —preguntó el Masoquista—. ¿Y dónde vas entonces?

—Voy por La Jolla bastante, por Windansea, Shores, la Cove, cuando hay olas grandes.

—Vale, eso está muy bien —respondió Leroy—. Pero que muy bien. Siento no haberte reconocido, tío, pero sigo necesitando una tabla. Mi amigo tiene que meterse en el agua rápidamente.

Se volvió y señaló con la barbilla al Cuerpo, que estaba junto a Jack en el camino de tierra. El chico lo evaluó con la mirada.

—Pídesela a otro, tío. Yo no dejo mi corcho a cualquier tirado.

—Mira, bocazas, ese es Matt Johnson.

—¡Matt Johnson! —exclamó el chico más joven—. He oído que hace los *cut-backs* más increíbles de toda la costa.

—Matt Johnson, una mierda —repuso el otro—. Eh, tío, no intentes quedarte conmigo. ¿Quién te crees que soy? ¿Un paletó del valle, tío? Ese fantasma parece que no se ha metido en el agua en su vida.

Leroy tiró su tabla y le puso el dedo en el huesudo pecho del chico empujándolo.

—Esta playa es nuestra, cretino.

El chico alto retrocedió aterrorizado. El otro cogió su tabla y se la tendió.

—Toma, usad la mía, no me importa, es de mi hermano y puedo con él.

El Masoquista cogió la tabla y la observó. Era vieja, estaba destrozada por el agua, tenía la punta rota y la espuma amarilla podrida. Volvió a mirar al chico alto y le sonrió amigablemente.

—Estoy de mejor humor conforme pasa el día —dijo.

El Cuerpo se puso la tabla del chico bajo el brazo y la empezó a arrastrar hacia el agua.

—¿No te quitas la ropa? —preguntó Jack.

—Ah, sí —murmuró.

Se quitó la camisa hawaiana y quedó al descubierto su bronceado. Llevaba un bañador de surf debajo de los pantalones y se cayó intentando quitárselos:

—Me estoy mareando —dijo—. Chicos, ¿os importa encerrarme la tabla? Creo que voy a vomitar.

—Qué payaso —dijo el chaval más alto a su amigo—. Te va a dejar la tabla hecha un asco. Menudo cuadro.

—Está muy borracho. Nunca he visto a nadie tan mal. Puagh, mira, incluso tiene moscas.

Cuando las olas se calmaron un poco, Leroy y Jack empujaron a su amigo hacia el mar en la tabla del chaval. Se adentró sin rumbo en el mar atravesando la rompiente de la orilla y remando de vez en cuando. Sus amigos remaban detrás de él acompañándolo mar adentro.

—¿Cuánto medirán? —preguntó.

—Unos dos metros —respondió Jack—. Quizá más.

—No creo que pueda hacerlo tal y como estoy. Me ahogaré.

—Bueno, tío, haz lo que tengas que hacer. Yo voy a pillar unas cuantas olas.

Leroy y Jack giraron sus tablas y empezaron a remar hacia una serie que se estaba formando más allá de The Point.

—Tíos, no me iréis a dejar así, ¿no? ¿Leroy? ¿Jack? Si vuelco, me ahogaré. Me ahogaré y las olas me llevarán hacia el muelle y los tiburones me comerán junto con la basura. Todo lo que encontraréis será esta tabla asquerosa.

Ambos siguieron remando y un momento después ya no estaban.

—Mierda —dijo sujetándose la dolorida cabeza con las manos—. ¿Por qué está tan fría por las mañanas?

Los dos principiantes caminaban por la orilla.

—Me da igual la tabla —dijo el pequeño.

—No tenías que haber dejado que ese tiparraco la tabla, tío.

—O se la dejaba o el otro te hubiera machacado. ¡Eh, mira! Está en la zona de arranque.

No llegaba a remar. Parecía como que sacaba los brazos fuera del agua y luego los dejaba caer. Pero de alguna manera se situó en el centro del pico cerca de otros surfistas y estaba viniendo una buena serie. La primera ola le pasó por debajo y dos que estaban arrancando casi lo atropellaron.

—¡Estoy bajando! —gritó uno de ellos—. ¡Quítate del medio!

La segunda ola era más grande y empezó a subir de forma inquietante detrás de él. Dejó caer los brazos unas cuantas veces más.

—Anda —dijo el chaval pequeño en la playa—. Se lo va a tragar la ola. Joder, me parece que se va ahogar. Mira, incluso tiene la tabla mirando hacia la izquierda.

La ola hundió la parte trasera de la tabla. Dejó caer los brazos de nuevo. De repente la tabla resbaló hacia delante y empezó a inclinarse peligrosamente bajo la ola de la izquierda, directamente hacia las mandíbulas abiertas del tubo. Se levantó sobre las rodillas y después apoyó un pie y por fin el otro. Estaba completamente inclinado en la parte baja de la ola, a punto de que lo envolvieran dos metros y medio de agua.

¡Y de pronto, sucedió! Las piernas encogidas se estiraron. Movi6 las manos como un rayo, irguió la cabeza, tensó sus sinuosos músculos con fuerza. La tabla atravesó el tubo y llegó a la parte más plana frente a la ola y se inclinó de manera que casi se veía la aleta. Flexionó las piernas y la tabla salió disparada por la parte superior de la ola que iba a toda velocidad para después subir por la cara que daba a la orilla.

Giró otra vez y la tabla resplandeció al otro lado de la cresta, sujetándose solo con el canto interior y trazando un sólido arco

que hizo que la ola se rompiera por la mitad. Después, hacia abajo, hacia abajo con una velocidad increíble y otro impresionante *bottom turn* de doce metros con la espalda arqueada y una mano fuera, como quien no quiere la cosa, que parecía sostener la sección de la ola que estaba ascendiendo. La pendiente de la ola aumentó de repente y extendió los dedos de los pies sobre la punta de la tabla. La sección se enroscó, y remó hacia atrás hábilmente hasta la mitad de la tabla, dándose un impulso tan impresionante que la tabla hizo saltar por los aires el agua blanca a su alrededor, y logró salir de nuevo a la cara de la ola que todavía no se había arrugado. Se le iluminaron los ojos. En su cara apareció una sonrisa despreocupada. En este momento encogió el estómago y eructó ruidosamente.

Después hizo que la tabla se deslizara bajo los pies y empezó a girar rápidamente por encima y por debajo de la ola en un movimiento de montaña rusa. Cabalgó hasta el epicentro de la ola, ganando velocidad con cada giro arqueado. Otro surfista despegó y le bloqueó el camino. Él deslizó la tabla sobre la parte superior de la ola, se quedó parado allí un momento, volando con indiferencia sobre el agua, y después se zambulló de cabeza.

El chico alto abrió la boca más de lo habitual.

— ¡Ese es Matt Johnson! — gritó.

— Sí — asintió el otro —. ¡Y está en mi tabla!